

Un ángel de visita

Joaquín-Armando Chacón

El absurdo de la existencia y la búsqueda de lo sagrado encuentran sus raras coincidencias en este relato de Joaquín-Armando Chacón —autor de la novela El recuento de los daños— pleno de alusiones a Joseph Roth, Franz Kafka y Samuel Beckett.

Era un viejo ya muy viejo. Es un santo en vida, decían aquellos que lo conocían o lo veían pasar en el atardecer, caminando con pasos tenues hacia la fonda adonde se dirigía después de su labor en el almacén. Ese recorrido lento, pausado, lo había hecho durante treinta y un años de lunes a sábado, siempre a la misma hora, siempre por las mismas calles. El viejo era bajito, delgado, de ralos cabellos, orejas y manos grandes y con un rostro siempre limpio, y todos los domingos de esas semanas, después de su visita al cementerio, también se enfilaba por las mismas otras calles del domingo, con ese caminar de pasos cortos hacia una fonda que se llamaba Las delicias de todos. En el otoño y en el invierno se ponía un antiguo chaquetón de un verde descolorido encima de cualquiera de sus tres camisas y sus dos pantalones y calzaba unos zapatones de la clase que usaban los leñadores. Cuando llegaba la primavera cambiaba el chaquetón y los zapatones por un suéter de botones al frente y unos zapatos de puntas redondeadas, siempre lustrados. Durante treinta y un años no había cambiado su hábito en el vestir. A las dieciocho horas con un minuto marcaba su tarjeta en el almacén, y palpaba las monedas en alguno de los bolsillos del pantalón para comprobar que fueran una, dos, tres: exactamente tres monedas que iba a gastar en su alimento del día. Dos minutos después ya daba sus primeros pasos en la calle, más adelante doblaba hacia la izquierda por el callejón de las gitanas es-

tacionadas en puertas y ventanas y subía los veintisiete escalones para llegar a la ancha avenida de los robles y avanzar hasta el puente de antiguas maderas que cruzaba para dirigirse directamente hacia donde se encontraba la fonda Las delicias de todos, setenta y dos metros adelante. En el rincón izquierdo, al fondo del local, estaba su mesa, en la que por treinta y un años se había sentado durante todos esos atardeceres y donde al tomar asiento volvía a contar las tres monedas que pagarían su consumo de un café con leche, una dona de chocolate y un vasito de tequila.

Es un santo, decía la cocinera de la fonda y lo decía la mesera joven, repitiendo lo que les había dicho antes el antiguo dueño de la fonda y la mesera que había muerto cuatro años atrás, las mismas palabras que en su tiempo solían pronunciar la mamá y la tía de la cocinera. Un santo, sin duda, un santo, lo decía el bandeonista que algunas veces se daba una vuelta por esos rumbos, y lo pensaban y repetían también los otros comensales, los más antiguos y los más recientes, quienes nunca, jamás, se atrevían a ocupar la mesa del rincón en el fondo izquierdo, pues era en donde el viejo se sentaba después de cumplir con su labor en el almacén y adonde regresaba de su visita dominical al cementerio. Los chiquillos que jugaban todas las tardes un fútbol callejero se burlaban de él después de chutar la pelota y le gritaban majaderías en un dialecto de sus calles, pero el viejo no

les prestaba atención pues iba concentrado en las cuentas de sus pasos, así que la mayoría de las veces los chiquillos terminaban por suspender un instante su juego, antes de cobrar una falta o hacer un saque de banda y unos a otros se decían que el viejo era un santo. Un hombre santo, era lo mismo que opinaban los obreros y las obreras en el almacén y lo que el señor Anatolio mascullaba en voz baja después de entregarle las tres monedas del pago diario, como lo habían convenido hace treinta y un años el viejo y don Atulio, padre del señor Anatolio, quien a pesar de ser agnóstico y tener dos amantes, una de ellas trabajando como la contadora de su almacén, no podía dejar de decir en voz baja que el viejo era un santo, no había duda alguna, un viejo santo que todas las tardes se presentaba en la fonda Las delicias de todos para ir deleitándose a mordidas cortas de la dona de chocolate y saboreando el café con leche al que le agregaba únicamente una cucharada pequeña de azúcar. Al terminar con su alimento de todos los atardeceres limpiaba sus labios con una servilleta de papel, la doblaba cuidadosamente y la mantenía en su mano izquierda, mientras con la derecha abrazaba delicadamente el caballito tequilero, prolongando el momento de llevarlo hasta sus labios. Muchos opinaban que esa larga pausa duraba el tiempo de un rezo, otros que no era una oración sino el nombrar repetidamente, en un murmullo sin sonido, el apodo cariñoso con el cual se dirigía a la esposa fallecida treinta y un años atrás. Después de vaciar el vasito de tequila, el viejo volvía a limpiar sus labios, doblaba nuevamente la servilleta y la dejaba encima del plato donde le habían servido la dona de chocolate. Contaba una vez más las monedas: una, dos y tres: tres monedas, exactamente. Las dejaba sobre la mesa, daba las gracias a la mesera y, buenas noches, Susanita, hasta mañana, se despedía.

En la tarde siguiente de cuando había cumplido exactamente treinta y un años de asistir a esa fonda, se sintió un poco cansado a mitad del camino, por lo que de allí en adelante hizo el trayecto con mayor lentitud y con más pausas de las habituales, tratando de evitar la preocupación que le había causado el rumor de los posibles despidos en el almacén, debido a la crisis por la que atravesaba el país.

En la puerta de la fonda volvió a detenerse en cuanto la abrió: allí, en su mesa, en la segunda silla desde siempre vacía, ahora se encontraba un joven, moreno, delgado, de cabellos largos, brillantemente oscuros, sosteniendo en sus bellas manos un vasito de tequila y quien le dirigió una amplia sonrisa desde su lugar y luego, con un discreto ademán, le insistió a que avanzara, a que fuera a tomar su lugar de costumbre, incluso arrastrando un poco hacia atrás la silla que le correspondía al viejo santo, animándolo a ocuparla con el ademán, la sonrisa y la mirada.

—Por favor, tome asiento, ya van a traerle su café con leche, la dona de chocolate y el vasito de tequila —la voz del joven era suave, de tonos modulados—, y disculpe mi atrevimiento, yo también he pedido un tequila para acompañarlo y se lo he pagado por adelantado a la cajera para no provocar ninguna confusión. Bien sé que ésta es su mesa de siempre, en donde frente a ella ha tomado asiento durante muchos años, exactamente treinta y un años sin faltar un solo día, y la que nadie más ha ocupado, hasta ahora —el atractivo joven hizo una pausa, cubriéndola con una suave sonrisa y el destello de su mirada, mientras la mesera colocaba frente al viejo la taza con café y leche, el plato con la dona de chocolate, la blanca servilleta y el vasito lleno hasta el borde con el tequila. Y una vez que se alejó, el musical tono de la voz del joven volvió a dirigirse al viejo—: No se preocupe, por favor, y escúcheme, tengo poco tiempo para darle mi mensaje: Yo soy su ángel de la guarda. Sí, no se asombre: existimos, para guiarlos y acompañarlos. Ahora se me ha permitido llegar hasta usted por un muy breve tiempo, ya que ha mantenido una vida ejemplar durante treinta y un años, sin mancha alguna, perfecta, única, la cual me ha brindado este espléndido privilegio jamás gozado por ninguno de mis compañeros. Ah, este privilegio del cual únicamente habíamos escuchado re-



Ángel con piedra de molino, ca. 1020



El séptimo ángel del Apocalipsis proclamando el reino del Señor, ca. 1180

ferir como un acontecimiento bastante lejano y confuso, incluso más lleno de leyenda que de verosimilitud, pero del cual yo ahora puedo constatar y dar fe, por lo que dejémonos de nostalgias y vayamos a nuestro asunto. Conozco su existencia al dedillo: a la salida del Sol se levanta, prepara su pocillo de café y utiliza el agua sobrante para rasurar su barba y bigote, después se ducha con agua fría, sea la época del año que sea, escoge uno de sus dos pantalones y la camisa que va a utilizar. Y sé que la de cuadritos azules es la que más le gusta, pero a pesar de eso no cambia el orden de su puesta. Sale puntualmente rumbo a su trabajo, adonde llega antes que nadie para cumplirlo honestamente y sin distracciones durante toda la semana, de lunes a sábado, al fin de la jornada recorre las mismas calles, sin apartarse de su rumbo trazado —ni siquiera en aquel tiempo en que las dos gitanillas, cuando eran aún jóvenes terminaron por ofrecerle con insistencia todos los escondrijos de sus placeres hasta regalados, no, jamás, ni siquiera una mirada a esas blusas de encaje y los faldones turquesas y rojos con los adornos de oro y lo que descubrían desabotonadas o arremangados—, para luego venir a esta fonda a degustar su dona de chocolate, beber su café con leche con una cucharadita de azúcar y enseguida contar los segundos que puede aguardar antes de decidirse a probar su tequila. Después de deleitarse con su sabor, maravilloso placer que se concede, se retira a su casa, donde lustra sus zapatos, pone en orden sus utensilios, limpia de polvo muebles y rincones y se acuesta a dormir plácidamente después de su oración nocturna. Los domingos también se levanta a la salida del Sol y repite su ritual de la semana, pero en esas mañanas también zurce cualquier desperfecto en los calcetines, limpia las pelusitas de su suéter, plancha y ordena sus pantalones y camisas y lava su ropa interior antes de salir, sólo que en lugar de dirigirse al almacén lo hace a los terrenos de la iglesia, aunque nunca entra en ella, pero eso finalmente no tiene la menor importancia, para encaminarse al cementerio, donde da vueltas por los corredores hasta

decidir ir a sentarse frente a la tumba de su esposa, su querida “Pequitas”. Perdón, pero así es como usted la nombra: “Pequitas”. Y a ella le cuenta sus actividades de los días pasados, sus caminatas, su labor en el almacén y los segundos que contó cada día antes de animarse a probar el tequila. Cuando es la hora, se despidе de ella y se dirige a esta fonda, donde ya lo espera su café con leche, la dona de chocolate y el vasito de tequila. Día a día durante treinta y un años, sin cambio alguno, sin queja, y por lo tanto y a instancia mía se me ha permitido venir este día a concederle un favor, un deseo, así que pídamelo y se lo concederé.

El viejo lo había escuchado con una excitación que fue calmando poco a poco, hasta conseguir la naturalidad de su respiración y el sosiego de sus manos estrujando la servilleta de papel, por lo que ahora se dedicó a suavizarle sus arrugas sin apartar la mirada de los ojos brillantes de su acompañante.

—Por favor, amigo mío muy querido, apúrese en pedirme aquello que desea. Tengo poco tiempo y, además, esta tarde usted se ha retrasado un poco más que de costumbre, aunque yo estaba seguro que no faltaría a la cita. Dígame lo que desea y yo se lo concederé. Por favor, apúrese, que los segundos vuelan.

El viejo aún perdió un minuto y doce segundos más en silencio, confundido en su interior, siendo apurado ansiosamente dos veces más por el joven al otro lado de la mesa, y finalmente se decidió.

—Bueno, yo sólo quisiera... —carraspeó nerviosamente—, si no es molestia y no es mucho pedir...

—Sí, viejo, dígamelo, apúrese, se me acaba el tiempo.

—Pues yo únicamente me atrevo a pedirle que, por favor, en lo que me resta de vida nunca me falte aquí la dona de chocolate, el café con leche con una cucharadita de azúcar y mi vasito de tequila. Eso es lo que le pediría.

Los ojos del ángel brillaron resplandecientemente y su sonrisa pareció darle una nueva luz a ese rincón de la fonda.

—No tenía ninguna duda. Es usted un alma pura, estaba seguro, por ello se me concedió el venir a verlo y concederle lo que me pidiera. No me ha defraudado y su humildad me llena de gozo.

El ángel siguió sonriéndole con entusiasmo y se atrevió a palmearle un hombro antes de tomar su vasito de tequila y beber el contenido de un trago.

—Ahora tengo que irme, ya es hora —le dijo el ángel de la guarda con una voz ansiosa de agradable armonía—, pero no se preocupe, viejo, pues le aseguro que en el resto de su vida no le faltará su dona de chocolate, el café con leche y su vasito de tequila. He venido preparado y aquí le dejó estas seis monedas, nuevecitas, redondas y relucientes. Así es que hasta pronto, mi estimado viejo, y que le vaya muy bien. **U**